

# “Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá y Guatemala seguirá”: relaciones entre el FSLN, el FMLN y la URNG en la década de los ochenta del siglo XX

## “If Nicaragua won, El Salvador will win and Guatemala will follow”: Relations between the FSLN, the FMLN and the URNG in the 1980s of the 20th century

Fernando Harto de Vera<sup>1</sup>

Universidad Complutense de Madrid (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0482-9003>

Abelardo Morales Gamboa<sup>2</sup>

Universidad Nacional de Costa Rica (Costa Rica)

---

<sup>1</sup> (fernandoharto@cps.ucm.es). Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, en donde es actualmente Profesor Titular. Ha impartido docencia como profesor visitante en 17 universidades latinoamericanas. Asesor para la implementación del Acuerdo de Paz de La Habana en la Organización de Estados Iberoamericanos en Bogotá. Es autor de numerosos libros y artículos académicos sobre la investigación para la paz y la resolución de conflictos –especialmente Centroamérica y Colombia–, además de abordar cuestiones relacionadas con la Teoría Política y política contemporáneas latinoamericana. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional*, en Ríos Sierra J. y Azcona Pastor J.M. (coords.) “Historia de las guerrillas en América Latina”, Editorial La Catarata, Madrid. *Algunas señas de identidad del proceso de paz en Colombia*, en Estupiñán L. (ed.) “Constitucionalismo transicional en Colombia: el derecho a la paz como un deber de construcción dialógica”, Universidad Libre, Bogotá. *Obstáculos y Resistencias en la Construcción de Paz Territorial desde una perspectiva Alter-nativa*, en Ríos Sierra J. (ed.) “Realidades y expectativas sobre el Acuerdo con las FARC-EP y la Paz Territorial en Colombia”, Editorial Tirant Humanidades.

<sup>2</sup> (abelardo.morales.gamboa@una.cr). Sociólogo y comunicador social. Hizo sus estudios de posgrado en Relaciones Internacionales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y en la Universidad Nacional de Costa Rica y obtuvo el Doctorado en la Universidad de Utrecht en Holanda. Actualmente es profesor e investigador de la Universidad Nacional de Costa Rica, cargo que también desempeñó hasta 2014 en FLACSO Costa Rica. Sus líneas de especialidad están centradas en Migración laboral, Fronteras y pensamiento social y procesos políticos en Centroamérica. Es miembro del Laboratorio Mixto Internacional Meso “Movilidades, Gobernanza y Recursos en la Cuenca Mesoamericana” apoyado por el IRD de Francia. Entre sus publicaciones destacan *La Diáspora de la Posguerra: Regionalismo de los Migrantes y Dinámicas Territoriales en Centroamérica*, San José, FLACSO Costa Rica, 2007 y *Migraciones internacionales, refugiados y desplazamientos internos en Centroamérica: factores de riesgo e instrumentos para fortalecer la protección de los derechos humanos*, Proyecto Estado de la Nación, Costa Rica 2020.

Recibido: 13-03-2022

Aceptado: 17-06-2022

---

## Resumen

El triunfo de la Revolución Sandinista el 19 de julio de 1979 marcó el comienzo de un periodo de intensificación de la lucha de los movimientos insurgentes en El Salvador y Guatemala. Animados por la victoria de sus camaradas sandinistas trataron de emular la derrota de la oligarquía en sus respectivos países. Nicaragua adquirió un papel relevante como hasta ese momento no había tenido en la región, transformándose en uno de los actores que marcaría el rumbo del istmo durante la década de los ochenta del siglo pasado. Uno de los efectos de este nuevo rol fue el estrechamiento de las relaciones entre el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y el gobierno de Nicaragua con las guerrillas del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador y la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala (URNG). El clima de optimismo revolucionario que expresaba muy gráficamente esta visión centroamericana de la revolución se sintetizaba en el lema de la época: "Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá y Guatemala seguirá". El objetivo del presente artículo es describir y analizar las relaciones que se tejieron entre el FSLN, el FMLN y la URNG en la década de los ochenta del siglo XX.

**Palabras-clave:** Guerrilla, Insurgencia, Centroamérica, FSLN, FMLN, URNG.

## Abstract

The insurgent movements in El Salvador and Guatemala were intensified by the triumph of the Sandinista Revolution on July 19th, 1979. This event gave them the encouragement, by the victory of their Sandinista comrades, to keep fighting for their objectives that were emulate the defeat of the oligarchy in their respective countries. Nicaragua acquired a relevant role as never has been in the region, becoming the most relevant actor in the isthmus during the eighties of the last century. One of the effects of this new role was the strengthening of relations between Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) and the Nicaraguan government with the guerrillas Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) from El Salvador and Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala (URNG). The climate of revolutionary optimism that very graphically expressed this Central American vision of the revolution was summed up in the motto of the time: "If Nicaragua won, El Salvador will win and Guatemala will follow." The objective of this article is to describe and

analyze the relationships that were forged between FSLN, FMLN and URNG in the 1980s.

**Keywords:** Guerrilla, Insurgency, Central América, FSLN, FMLN, URNG.

## Introducción

El triunfo de la Revolución Sandinista alteró el patrón tradicional de las relaciones intracentroamericanas. Hasta ese momento de los cinco países del istmo (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica) la posición regional más relevante desde los tiempos de la colonia y las posibilidades de una transformación profunda de las relaciones de poder estuvieron cifradas en Guatemala. Experiencias como los gobiernos reformistas de Arévalo y Arbenz, en la primera mitad del siglo XX, pueden ser vistos como una participación de Guatemala en el clima de época que los reformismos antioligárquicos del cono sur habían iniciado. Mientras que El Salvador y Nicaragua permanecían ajenos a esa dinámica democratizadora y continuaban con regímenes políticos profundamente oligárquicos y autoritarios ya fuera en la versión nicaraguense de dinastía familiar (el somocismo) o en la de dictadura de las fuerzas armadas (caso de El Salvador). Costa Rica, por su parte, había optado por un reformismo negociado con la oligarquía y subordinado al dominio de los Estados Unidos. Honduras, mientras tanto, bajo el dominio de las transnacionales y castas militares era el modelo de la república bananera centroamericana.

El impacto del triunfo revolucionario del 19 de julio de 1979 desplazó de aquella posición a Guatemala. A partir de entonces y hasta el 25 de febrero de 1990 (fecha de la derrota electoral del sandinismo) fue Nicaragua quien ocupó un rol protagónico en Centroamérica que no se justificaba ni históricamente ni basándonos en otros indicadores (población, PIB per cápita). La irrupción de Nicaragua como país relevante era visualizada de forma diferente en función del actor que se tratara. Para el resto de los gobiernos centroamericanos y el gobierno norteamericano, Nicaragua era vista como una amenaza. Para la izquierda centroamericana (y mundial) y en particular, para las guerrillas guatemalteca y salvadoreña, Nicaragua y el FSLN eran un ejemplo que defender y emular. A pesar de la radical diferencia que hay entre una amenaza y un ejemplo a seguir ambas imágenes tenían un rasgo común: la relevancia de la Nicaragua sandinista en la década de los ochenta. Esa relevancia se explicaba tanto por el cambio en la dinámica del poder interna y del ajuste en la correlación de fuerzas de la región, como por la posición que adquiriría Centroamérica en la geopolítica de los Estados Unidos. Eso dio lugar a una suerte de romantización de las posibilidades revolucionaras tanto entre las

izquierdas de la región como entre la izquierda mundial que volcó buena parte de sus energías en la solidaridad con la revolución sandinista y luego con la lucha salvadoreña y la guatemalteca.

Como consecuencia del triunfo revolucionario, el FSLN estableció unas relaciones protagónicas con el resto de la izquierda centroamericana y, particularmente, con el FMLN salvadoreño y la URNG guatemalteca, como las dos fuerzas con más posibilidades de avance en la contienda armada. Ambas organizaciones comenzaron a disponer del apoyo nicaragüense, al punto de pasar a ser vistos como los actores subordinados en una relación nunca exenta de contradicciones. Si se quiere utilizar una metáfora, el FSLN era el maestro y el FMLN y la URNG sus alumnos/discípulos o dicho en otros términos “*los nicas se comenzaron a comportar como el hermano mayor*” (Entrevista a Sergio Erick Ardón Ramírez). No obstante, el triunfo sandinista no fue garantía siempre de apoyo solidario a las otras guerrillas de la región, especialmente a la URNG, como no lo fue posteriormente de su derrota electoral en 1990 (Kruijt 2009), debido a que en diversas coyunturas la defensa de la revolución entraba en contradicción con el internacionalismo revolucionario.

Esta relación asimétrica llevó a que no siempre salvadoreños y guatemaltecos se sintieran cómodos con esta situación. Pero al mismo tiempo, el apoyo que el FSLN mostraba les resultaba un elemento primordial en su praxis:

Los nicas miraban por encima del hombro a salvadoreños y guatemaltecos. Salvadoreños y guatemaltecos eran muy críticos, aunque los salvadoreños más y los guatemaltecos menos, por lo menos en público. No veían con buenos ojos el liderazgo de los nicas (Entrevista a Ana Quirós).

Nosotros veíamos a los salvadoreños como más pragmáticos, más confrontativos, mientras que los dirigentes guatemaltecos se comportaban como cuadros con una mayor formación intelectual, eran más estudiosos... (Entrevista a Sergio Erick Ardón).

La relación del FSLN no se redujo a prestar colaboración logística y solidaridad a las fuerzas guerrilleras centroamericanas, varios acontecimientos mostrarían que los sandinistas no fueron ajenos a diversos conflictos y tensiones internas de dichas organizaciones, en especial las salvadoreñas, ya que, con la anuencia o no de algún grupo interno, algunos dirigentes sandinistas sobrepasaban los espacios de autonomía de las otras fuerzas insurgentes. Por eso, en este artículo intentaremos hacer un análisis de esas relaciones a partir de tres momentos del periodo de análisis entre 1979 y 1992; conforme fueron cambiando las coyunturas, también comenzaron a verse cambios en esas relaciones.

El artículo se sustenta en información recogida de fuentes bibliográficas y algunas entrevistas a actores que participaron o estuvieron relacionados con los acontecimientos analizados. Han transcurrido treinta años desde el final de ese periodo y en el acercamiento a algunos de los informantes se descubren diversas respuestas, por un lado, las de entre quienes interpelados por nuestras preguntas tratan de reconstruir los hechos y ofrecer su versión, por lo tanto, lo que se logra son percepciones de los hechos mediadas por el tiempo, mientras que por otro, se impone una suerte de “negacionismo” y de resistencia que no facilitaba conocer con certeza la percepción sobre acontecimientos clave<sup>3</sup>. También la jerarquía impuesta dentro de las organizaciones y la disciplina entre la militancia hacía que frente a algunas coyunturas críticas y complejas terminaran privando las narrativas oficiales mientras que las dudas solo se comentaban dentro de pequeños grupos de confianza o simplemente se ignoraban. No era fácil tener acceso a la información por parte de cuadros que no estuvieran dentro de las estructuras de dirección:

Cuando yo estuve en Nicaragua encargado de la oficina del SELA (Secretaría de la Integración Latinoamericana) trabajaba al lado de Alfredo César que me había conseguido una oficina.... pero la información estaba muy compartimentalizada entre la gente del FSLN... sabía que en Managua se movían los salvadoreños y los guatemaltecos, pero a mí se me hacía muy difícil llegar a ellos (Entrevista a Francisco Cordero Gené).

## **1. Las relaciones simétricas: antes del triunfo de la Revolución Sandinista**

El impacto del triunfo de la Revolución Cubana provocó un debate en la izquierda latinoamericana que la escindió en dos grandes grupos: a) Los partidos comunistas tradicionales que calificaron la experiencia cubana de singular y más partidarios de continuar con la lucha electoral como medio para alcanzar el poder y, b) la Nueva Izquierda que veía a Cuba como el camino a seguir y, en consecuencia, proponía romper con la vía pacífica y asumir la lucha armada para provocar un cambio revolucionario. En el istmo centroamericano este debate llevó al surgimiento de organizaciones guerrilleras en los años sesenta del siglo XX con arreglo al siguiente cronograma: primero, la insurgencia nicaragüense del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) creado en 1961; segundo, la guerrilla guatemalteca de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) que nacieron en el año 1962 como sucesora del Movimiento

---

<sup>3</sup> Obtuvimos respuestas como: “yo nunca supe cómo eran esas relaciones”, “yo no tenía a cargo ninguna responsabilidad que me diera acceso a esa información”.

Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13); por último, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) en El Salvador en 1970.

Las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado fueron una coyuntura de efervescencia y crecimiento de la guerrilla en estos tres países del istmo centroamericano<sup>4</sup>. El golpe de estado de 1973 contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile que llegó al poder con la esperanza de instaurar el socialismo por la vía democrática, aunado a la concentración del poder por parte de las élites militares, le restó confianza a las posibilidades de triunfo por la vía pacífica e impulsó la opción armada por parte de las organizaciones guerrilleras en Centroamérica por encima de otras opciones políticas. Mientras que en Nicaragua el crecimiento de la guerrilla fue protagonizado por una única organización (el FSLN), en los otros dos casos se asistió a la proliferación de distintas organizaciones político-militares<sup>5</sup>. Esta situación de pluralidad interna al interior de las tres organizaciones guerrilleras llevó a que cada organización estableciera relaciones con más o menos intensidad en función de sus afinidades. Por ejemplo, Tomás Borge tenía relaciones de confianza con los dos “salvadores” de las FPL Salvador Cayetano Carpio, comandante Marcial, y su sucesor Salvador Sánchez Cerén conocido como “Jovel” y con Schafick Handal del Partido Comunista de El Salvador, entre tanto Humberto Ortega y Joaquín Cuadra, quienes luego fueron líderes del Ejército Sandinista establecieron relaciones de confianza con Joaquín Villalobos del ERP (Kruijt 2009), no obstante, también se señala que:

El FSLN de las distintas organizaciones revolucionarias salvadoreñas mantuvo más relaciones con las FPL. Y Salvador Cayetano Carpio no era el más cercano. El FSLN era más cercano a Ana María (Entrevista a Ricardo Sol Arriaga).

<sup>4</sup> En la formación de los frentes guerrilleros influyeron una serie de factores tales como la experiencia política del cono sur latinoamericano derivado del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile, la experiencia de los movimientos guerrilleros en Argentina y Uruguay, además de experiencia de los movimientos estudiantiles, la influencia de la teología de la liberación y de sacerdotes radicalizados.

<sup>5</sup> Aunque en Nicaragua hubo una única organización guerrillera, el FSLN estuvo escindido en tres tendencias que hasta la ofensiva final contra Somoza en la práctica se comportaron casi como organizaciones con su propia dinámica y enfrentadas entre sí. Estas tres tendencias fueron a) Guerra Popular Prolongada (GPP) b) Proletarios y c) Terceristas. En el caso de El Salvador hubo cinco organizaciones: 1) Fuerzas Populares de Liberación (FPL) 2) Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) 3) Resistencia Nacional (RN) 4) Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y 5) Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC). A comienzos de los años 80 estas cinco organizaciones se unificaron en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). En el caso de Guatemala fueron cuatro las organizaciones guerrilleras: 1) Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) 2) Organización del Pueblo en Armas (ORPA) 3) Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y 4) Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Estas organizaciones integraron en 1982 la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Antes del triunfo de la Revolución Sandinista cada tendencia del FSLN tenía sus relaciones de colaboración con la organización de la que luego sería el FMLN que le era más afín. Los GPP se relacionaban con las FPL. Los Terceristas con el ERP. Los Proletarios eran más *tutti frutti* (Entrevista a Ana Quirós).

El calificativo de “relaciones simétricas” hace referencia a que con anterioridad al 19 de julio de 1979, ninguna de las tres guerrillas había alcanzado el poder. El marco de relaciones dentro de la insurgencia centroamericana se podía diferenciar en ese momento en dos niveles: el nivel político, marcado por los contactos, el reconocimiento mutuo y los acercamientos entre tendencias con ideas comunes. Algunos de esos encuentros y acercamientos se produjeron en Cuba, Costa Rica, México, hasta 1973 en Chile y también se realizaron encuentros internacionales promovidos por gobiernos y fuerzas políticas en otras partes del mundo (Entrevista con Sergio Erick Ardón). Por lo tanto, organizaciones como los partidos de izquierda tradicionales, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y Perú, respectivamente, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros de Uruguay y los Montoneros de Argentina, sirvieron como primeros enlaces directos o indirectos entre las organizaciones centroamericanas. El otro nivel de relaciones fue el operativo -organizacional y militar- que, según los testimonios recabados, no experimentaron en aquel momento un elevado nivel de intensificación sino hasta los años finales de la dictadura somocista cuando se organizó un dispositivo de participación armada de frentes internacionalistas en la insurrección en Nicaragua: la brigada Farabundo Martí, por una parte, y la brigada Simón Bolívar; la primera con combatientes salvadoreños y la segunda de varios países latinoamericanos de orientación troskista que se unieron al Frente Sur del FSLN en Nicaragua. También los partidos de izquierda costarricense, Vanguarda Popular, Socialista y Movimiento Revolucionario del Pueblo, pese a que no optaban directamente por la vía armada en su país, organizaron importantes brigadas que se incorporaron a los distintos frentes de la insurgencia sandinista<sup>6</sup>.

Por ello, las relaciones durante esta etapa se dieron en un plano de igualdad y, hasta donde las posibilidades lo permitían, de colaboración y aprendizajes mutuos puesto que ninguna de las organizaciones podía exhibir delante de las demás su triunfo como ejemplo de éxito revolucionario sobre el que legitimar una ascendencia jerárquica sobre el resto.

Junto con esta característica, el otro rasgo de las relaciones entre las fuerzas insurgentes centroamericanas en las décadas de los sesenta y setenta del siglo

---

<sup>6</sup> No está de más señalar que el territorio de Costa Rica sirvió como centro de operaciones del FSLN y ello implicó el involucramiento de importantes figuras del entonces gobierno y de otras fuerzas políticas locales no necesariamente de izquierda en el apoyo a la insurrección en Nicaragua (Entrevista a Francisco Cordero Gené).

XX es que fueron de bajo perfil porque cada insurgencia estaba centrada en su propio proceso: “[...] en el primer periodo no teníamos casi relaciones políticas con otros partidos dentro del país, y con el exterior, ninguna<sup>7</sup>”:

Antes del 79 no había un intercambio estructurado y pensado de cómo iba a ser la revolución en Centroamérica. Primaba el pragmatismo sobre la teorización. Los nicas eran ultrapragmáticos. Los salvadoreños eran más teóricos y llevaban más tiempo haciendo la revolución así que los salvadoreños se veían más como los papás y hacían de menos a los nicas. Y los nicas veían a los salvadoreños como muy charlatanes y poco de hacer cosas.

[...] también había competencia entre el FSLN y las organizaciones revolucionarias salvadoreñas por ver quién tenía más proyección internacional y quien obtenía más plata del exterior (Entrevista a Ana Quirós).

El FMLN tenía un proyecto más claramente socialista que el FSLN que era más antisomocista. Este punto de partida va a marcar las relaciones entre ambas organizaciones. Las relaciones entre el FSLN y el FMLN fueron siempre de conveniencia. Nunca hubo unas relaciones pensadas con un modelo y que se basaran en un proyecto programático (Entrevista a Ricardo Sol Arriaga).

Desde otro lugar, según Sergio Erick Ardón si había muchos contactos entre los frentes de izquierda desde su formación, algunos llegaban a encontrarse en Cuba a donde llegaban en busca de reconocimiento y de apoyo, o incluso en Costa Rica donde muchos dirigentes políticos coincidían porque encontraron refugio; pero los encuentros eran más informativos. Se llegaba a considerar como irrespetuoso juzgar o criticar las acciones de sus pares revolucionarios en los otros países.

No se discutía sobre la estrategia política, solo se informaba... coordinación no había... nosotros no dábamos opiniones sobre lo que se estaba haciendo en cada uno de los países... ni siquiera los cubanos llegaban a intervenir a ese nivel.

Nosotros viajamos a Libia a un encuentro de las fuerzas revolucionarias de América Latina, eso fue poco antes del triunfo sandinista en Nicaragua y entre los dirigentes allí presentes, estaba Tomás Borge...

El objetivo principal de Borge en ese viaje era solicitar al Gobierno Libio el apoyo con armas para la guerra final contra Somoza, mientras que el objetivo de los Omar Gadafi era convencer a la izquierda latinoamericana de adherirse a una tercera vía: “ni el imperialismo yanqui, ni el imperialismo soviético”.

Hasta entonces, podría decirse que la dependencia de esas organizaciones guerrilleras y partidos de izquierda centroamericana giraba en torno al papel de Cuba como centro de adiestramiento ideológico y de entrenamiento

<sup>7</sup> Testimonio del Comandante Valentín del FMLN en Harnegger (1991:44).

militar. Las relaciones entre las organizaciones estuvieron marcadas por el aprendizaje de la experiencia de los otros en torno a la estrategia organizativa y el accionar militar tanto en el campo como en la ciudad. Ese conocimiento no solo se obtenía a través del intercambio de información sino también del involucramiento de cuadros guerrilleros de un país en las acciones de las otras guerrillas en los otros países.

Por tanto, se puede afirmar que, más allá de la retórica del internacionalismo solidario, las relaciones no eran parte de una estrategia planificada, sino que se limitaban a colaborar en acciones operativas y a la búsqueda de contactos para aprender de las otras experiencias. Refiriéndose a este periodo Fermán Cienfuegos (1986) afirma lo siguiente:

El núcleo de los que veníamos del PC y la JC tenía una formación política leninista clásica de materialismo histórico, habíamos leído las Obras Escogidas de Lenin, aún cuando éramos autodidactas dispersos. Estábamos influenciados por los Tupamaros de Uruguay, Carlos Marighella de Brasil, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) peruano, en alguna medida el MIR chileno, por las lecturas de Mao Tse-Tunq, Kim Il Sung, Fidel y Che Guevara. Además, teníamos la influencia directa del movimiento revolucionario de Guatemala, especialmente de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) cuya historia conocíamos. Más adelante, Roque Dalton trajo las nuevas ideas: Vietnam, Corea y la experiencia internacional de los Movimientos de Liberación Nacional de África. Sin embargo, desconocíamos a los sandinistas, a pesar de que el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) se funda en 1961[...]Desde el principio compañeros nuestros murieron en las luchas centroamericanas, como Ricardo Adán Díaz Salazar, que luchó y cayó en combate heroico en las montañas de Jalapa, Guatemala, hermano de Luis Díaz, miembro del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) también caído. Es el primer internacionalista después cayeron otros compañeros de diferentes organizaciones que pasaron a recoger su experiencia [...] La experiencia de Guatemala tiene una incidencia importante. En primer lugar, porque es la experiencia más cercana y que sin embargo desconocíamos. Los compañeros guatemaltecos nos comienzan a transmitir su experiencia en el campo, la ciudad y en la táctica de las capturas [...]en el año 78-79, empezamos a conocer la experiencia de Nicaragua cuando nos acercamos al FSLN ”.

“En más de una ocasión, el EGP y la ORPA, al conocer los planes, las necesidades y problemas de la organización, nos ayudaron<sup>8</sup>.

Por tanto, las primeras relaciones del FMLN con sus homólogos centroamericanos fueron con las FAR guatemaltecas. El carácter de estas relaciones fue la de tomar a la guerrilla guatemalteca como un modelo del que aprender las técnicas de lucha armada. La relación entre la guerrilla

---

<sup>8</sup> Testimonio del Comandante Valentín del FMLN en Harnecker (1991: 45).

salvadoreña y el FSLN se produce una década después cuando a partir de 1978, en la última fase de la lucha contra Somoza se da un acercamiento que lleva a la participación de combatientes salvadoreños en el Frente Sur en Nicaragua en los últimos meses antes de la derrota de Somoza (Pozas 2000: 43):

Luis Pablo cayó en la Brigada Farabundo Martí, en el Frente Sur durante la ofensiva final sandinista (Harnecker 1991: 32).

Sin embargo, cuando conocimos los planes sandinistas para organizar una ofensiva final hacia fines del 78, inmediatamente nos pusimos en función de apoyar y ayudar en todo lo que fuera necesario. Dispusimos la formación de un pequeño grupo de combatientes y jefes entrenados: la Brigada Farabundo Martí, que luchó en el Frente Sur encabezada por José Roberto Sibrián. Entre los salvadoreños caídos allí recuerdo en este momento a José Antonio Granadeño, Ernesto, Pedro y Federico. En esa ofensiva también cayó un compañero del PRTC de apellido Castillo, hijo del doctor Fabio Castillo. En mayor o menor medida, las organizaciones revolucionarias salvadoreñas hicieron patente su solidaridad con el pueblo de Nicaragua<sup>9</sup>.

## 2. Las relaciones asimétricas: a partir del 19 de julio de 1979

El triunfo del FSLN el 19 de julio de 1979 cambió todo el panorama en Centroamérica. En los primeros años de la Revolución sandinista no había acto oficial, inclusive académico, que no iniciara con la entonación de los himnos nacional y del FMLN, seguida de la proclama de consignas revolucionarias entre las que nunca faltó la frase “*Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá y Guatemala continuará*”. No gritar aquellas consignas convertía a cualquiera en el punto de mira de la desconfianza. Las consignas fueron, como en otras tantas revoluciones, tan importantes como las armas: escudos ideológicos tras los cuales se elaboraba una narrativa metafórica del proceso, pero que igualmente permitía tomarle el pulso a los cambios no solo en el temperamento de los sujetos sino en los hechos mismos.

Era un periodo de romanticismo revolucionario, a partir de entonces y hasta febrero de 1990, fecha de la derrota electoral del sandinismo y, por tanto, final de la Revolución sandinista, la dinámica política del istmo centroamericano girará en torno a Nicaragua y su Revolución. Managua se convertirá en el centro neurálgico y el escenario en el que se dan las relaciones entre las tres organizaciones guerrilleras centroamericanas. No significa esto que el volumen y la intensidad de las relaciones fueran iguales entre los tres grupos revolucionarios. La relación entre el FSLN y el FMLN fue de mayor intensidad mientras que la URNG se mantuvo siempre en un segundo plano

<sup>9</sup> Testimonios de los Comandantes del FMLN Salvador y Valentín en Harnecker (1991: 98).

en sus lazos con las organizaciones guerrilleras de los dos países del sur del istmo.

Según Kruijt (2009: 151) a partir de una entrevista con Rodrigo Asturias de la URGN guatemalteca:

Frente a una tibia conexión cubana y un gobierno sandinista reticente y poco dispuesto a colaborar, las fracciones de la URNG acudieron a los mercados negros centroamericanos y estadounidenses (de armas), y, tras la derrota electoral de los sandinistas en 1990, a los “contras” desmovilizados, que estaban más que dispuestos a vender sus armas.

Varios fueron los motivos de que esto fuera así. En primer lugar, la posición geopolítica de Guatemala, situada en el norte de Centroamérica, influyó para que la guerrilla de ese país hubiera estado más orientada hacia México que al resto de la región. Esta característica afectó a las relaciones entre la URNG y sus homólogos del sur, FSLN y FMLN. Por esa cercanía, México, y en menor medida los países centroamericanos, se convirtió en la retaguardia de la dirigencia guatemalteca. En segundo lugar, la política contrainsurgente de los gobiernos militares guatemaltecos de la primera mitad de la década ochenta golpeó duramente a la URNG y, por tanto, disminuyó su capacidad de beligerancia y su relevancia regional. Por el contrario, en esos mismos años, el FMLN logró resistir y hacerse fuerte frente al ejército salvadoreño hasta tal punto de mantener una situación de doble poder durante 12 años que finalizó sin la derrota de ninguno de los dos contendientes. Esa diferencia en el avance insurgente influyó en el respaldo o reconocimiento internacional que adquirió el FMLN/FDR, tras la declaración de los gobiernos de Francia y México (Declaración Franco Mexicana) de agosto de 1981, que confirió a ambas organizaciones salvadoreñas el carácter de fuerza representativa y, por lo tanto, con el derecho de participar en una solución pacífica del conflicto en ese país. Mientras tanto, se presume que debido a conversaciones secretas o a acuerdos tácitos entre los sandinistas, Estados Unidos y el gobierno de Guatemala, la transferencia de armas a la insurgencia guatemalteca por los sandinistas podría ser considerado un *casus belli* (Kruijt 2009).

En el caso guatemalteco, si bien el final de la violencia se produjo también a través de una solución negociada, es claro para todos los analistas que tras la derrota estratégica que sufrió la guerrilla con la política contrainsurgente de “Tierra arrasada” que buscaba restarle el respaldo de la población rural a través de la represión, los gobiernos civiles que asumieron el poder con el proceso de transición a la democracia abierto por la presidencia de Vinicio Cerezo a partir de 1986 negociaron con una guerrilla muy debilitada en comparación con el pie de fuerza de la insurgencia salvadoreña. Finalmente, en tercer y último lugar la

posibilidad de un triunfo revolucionario en El Salvador generó una percepción en el FSLN y el FMLN de que la suerte de uno dependía de la del otro: la supervivencia de la Revolución Sandinista se ligaba al triunfo revolucionario en El Salvador. Recíprocamente, la reversión de la Revolución Sandinista perjudicaría seriamente las posibilidades de triunfo del FMLN<sup>10</sup>:

Después del 79 la cosa cambia: los nicas empiezan a ver a todo el mundo de menos. Los nicas eran solidarios, pero ellos mandaban. Las bases y los cuadros intermedios querían expandir la revolución al resto de Centroamérica. El FSLN tuvo que ordenar a sus bases que dejaran de ingresar como combatientes a El Salvador. La dirección del FSLN daba apoyo logístico, retaguardia, pero no quería combatientes nicas en El Salvador (Entrevista a Ana Quirós).

El apoyo del FSLN a la guerrilla salvadoreña fue de carácter logístico, militar, así como de colaboración en el terreno diplomático. De todo ello, el más sensible siempre fue el militar tanto por la importancia que éste tenía para el accionar guerrillero de los salvadoreños como porque los mismos sandinistas lo asumieron como una carta de negociación con Estados Unidos. Así, en los dos últimos meses de 1980 hubo importantes envíos de armas desde Nicaragua a El Salvador para apoyar la “ofensiva final” de enero de 1981 como quedo probado por el Tribunal de La Haya (International Court of Justice 1986: 86). Managua se convirtió en la retaguardia estratégica del FMLN. Importantes miembros de la dirigencia de la insurgencia salvadoreña como Salvador Cayetano Carpio (alias Marcial) y Mérida Anaya Montes (comandante Ana María) y el resto del Comando Central de las FPL establecieron su residencia en la capital nicaragüense. La primera mitad de la década de los ochenta fue el momento en el que el FMLN contó con el apoyo del FSLN para tejer un entramado institucional en Managua que incluía un considerable aparato de propaganda compuesto por emisoras de radio, publicaciones escritas y agencias de prensa (Cortina 2016). En el terreno internacional, ejemplo de esta colaboración diplomática fue el rol que el gobierno sandinista adoptó en los distintos foros internacionales en los que durante esta etapa fungió como aliado y portavoz de las posiciones de la insurgencia salvadoreña.

En este período las relaciones FSLN/FMLN estuvieron orientadas por dos criterios que estaban en tensión y que en algunas ocasiones chocaron y entraron en contradicción. El primer criterio era el principio del “Internacionalismo” en nombre del cual se producía la solidaridad y el apoyo del FSLN al FMLN. El segundo criterio fue la defensa y afirmación de los intereses nacionales nicaragüenses. Ambos criterios estuvieron presentes a partir del triunfo de

<sup>10</sup> La estrategia norteamericana de la guerra de baja intensidad también contribuyó a ligar ambos procesos puesto que los dos objetivos de dicha estrategia eran: 1) La reversión del proceso revolucionario sandinista (roll back) y 2) Impedir el triunfo del FMLN en El Salvador.

la Revolución en Nicaragua. Durante los primeros años de la Revolución, el entusiasmo por extender el proyecto emancipador hacia el norte unido a la percepción de que había que acelerar la toma del poder en El Salvador antes de que la Administración Reagan tuviera tiempo de consolidarse fue el momento de máximo apoyo sandinista al FMLN. Si se quiere, fue el momento en el que primó el criterio ideológico del “Internacionalismo”. Muchos combatientes de la insurrección sandinista se habían pasado a combatir a El Salvador y aquello parecía natural dentro del fervor revolucionario centroamericano. La continuación de la ayuda también revestía de importancia geopolítica sobre todo a partir del cambio de gobierno en Estados Unidos. El nuevo Secretario de Estado, Alexander Haig, ofreció a los sandinistas unas relaciones normales con Estados Unidos a cambio del cese del embarque de armas a El Salvador. Como muestra de buena fe, los sandinistas clausuraron en 1981 una emisora de radio del FMLN y suspendieron temporalmente el suministro de pertrechos bélicos. Sin embargo, no recibieron de parte de Estados Unidos nada a cambio, como consecuencia, la ayuda militar al FMLN fue reanudada. En ese entorno, el internacionalismo revolucionario de los sandinistas se vio sometido a una nueva realidad impuesta por la regionalización de la estrategia contrainsurgente de Estados Unidos hasta finales de los ochenta y eso marcó las relaciones del gobierno y del FSLN con la insurgencia salvadoreña y guatemalteca.

Cuando el gobierno norteamericano intensificó, a partir de 1982, no solo las acusaciones contra Nicaragua por el suministro de armas a los rebeldes salvadoreños, sino que impulsó -dentro de la estrategia de “guerra de baja intensidad- la creación y financiación de la contra, será este el comienzo de un nuevo periodo en las relaciones con el FMLN y de cambio en el inicial entusiasmo sandinista con El Salvador. En efecto, a partir de entonces entró en juego el criterio de protección de los intereses nacionales nicaragüenses en tensión contradictoria con la solidaridad revolucionaria. Si en un principio, el sandinismo había ligado la existencia de su proyecto revolucionario a la conquista del poder en El Salvador por el FMLN, ahora se abría la posibilidad de otra línea argumental: el fin de la guerra en El Salvador podía ser visto como la moneda de cambio que permitiría la consolidación de la Revolución Sandinista y el fin de la contra. En otras palabras, el suministro de armas no cesó, pero este pasó a depender cada vez más de los criterios en torno a la defensa de la revolución y menos de un compromiso duro con una estrategia internacionalista y con el triunfo de la revolución en los otros países de Centroamérica. Ambos argumentos se hicieron presentes dentro del sandinismo produciendo una suerte de división interna como parte de una dinámica geoestratégica que fue agudizando cada vez más las tensiones y la inestabilidad en la región. Los partidarios de mantener la solidaridad con El Salvador y el apoyo a su causa tendieron a concentrarse en el FSLN como partido, mientras

que el argumento de situar la defensa de los intereses nacionales nicaragüenses por encima de la solidaridad revolucionaria encontró un mayor eco en las estructuras gubernamentales y en la administración:

El FSLN empieza a frenar la colaboración con el FMLN y la deja en manos de internacionalistas y no tanto en manos de funcionarios o cuadros. Se dan tensiones porque los salvadoreños querían más solidaridad y los nicas querían menos (Entrevista a Ana Quirós).

El FSLN como partido dio más apoyo al FMLN del que el gobierno sandinista quería. Hay más apoyo del FSLN como partido que del gobierno sandinista (Entrevista a Ricardo Sol Arriaga).

Por otra parte, la tensión entre el sandinismo y el FMLN se había visto además alimentada en 1983 con el episodio del asesinato de Mélida Anaya Montes (número 2 de las FPL). En la noche del 6 de abril de aquel año, Anaya fue asesinada mientras dormía en su domicilio en las afueras de la ciudad de Managua. En un primer momento tanto Tomás Borge, como Ministro del Interior y las mismas FPL atribuyeron el crimen a la CIA. Salvador Cayetano Carpio (número 1 de las FPL) que se encontraba de viaje en Libia regresó de urgencia a Managua para asistir a los funerales en los que pronunció un discurso. El 20 de abril el Ministerio del Interior publicó un comunicado en el que informaba de la captura de varios ciudadanos salvadoreños acusados de haber perpetrado el asesinato, entre ellos Marcelo, hombre de confianza de Salvador Cayetano Carpio. En el comunicado también se informaba del suicidio de este último. El episodio se cerró cuando el 9 de diciembre las FPL emitieron un comunicado en el que señalaban a Marcial como el autor intelectual del crimen, aunque un juez nicaragüense dictó sentencia en sentido contrario. Detrás de estos hechos latía una disputa por el liderazgo de las FPL en las que a Carpio se le atribuía propugnar por una línea dura de seguir profundizando la guerra mientras que Anaya Montes representaba una posición más moderada que apostaba por una solución negociada al conflicto salvadoreño. Las autoridades nicaragüenses vieron con profundo malestar cómo su territorio y la hospitalidad ofrecida a sus camaradas salvadoreños era utilizada para un ajuste de cuentas al más puro estilo de la mafia. Pero según José Antonio Morales<sup>11</sup> los sandinistas no fueron meros testigos de aquellos acontecimientos, sino que se involucraron en las controversias internas de las FPL. Prueba de ello fue que formaron parte del juego de explicaciones contradictorias tanto sobre el crimen de Anaya como del suicidio de Marcial<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Entrevista personal.

<sup>12</sup> Véase también (Morales. J. A. 1994).

### 3. La “real politik”: a partir de Esquipulas II (agosto de 1987)

En el marco de las negociaciones de Esquipulas II, afloraron los intereses geopolíticos de los gobiernos y las cartas fueron puestas sobre la mesa. La ayuda militar de los sandinistas a la guerrilla salvadoreña fue reconocida como parte del juego de mutuas concesiones entre los presidentes centroamericanos:

“En una de esas encerronas, ya la discusión subida de tono, Daniel le había reconocido al presidente Duarte que el suministro de armas desde Nicaragua para el FMLN existía; y precisamente porque existía, le dijo, debe ser tomado como un factor de la negociación global” (Ramírez 1999: 273).

Con eso se evidenciaba que el internacionalismo sandinista pasaba a depender del complejo proceso de negociaciones diplomáticas, presiones políticas y de la presión de la guerra que no solo hacía estragos sobre las fuerzas del ejército y la población civil, sino también sobre una frágil economía.

En el año 1991, cuatro años después de la firma de los Acuerdos de Esquipulas II, dos comandantes del FMLN (Facundo Guardado y Valentín) a preguntas de la activista Marta Harnecker en las que ésta señalaba la falta de relación entre los grupos revolucionarios centroamericanos, respondieron de esta forma tan elocuente:

**Facundo:** ¿Quieres que te conteste? Nosotros somos muy chovinistas en general. Nadie se ha planteado eso seriamente en los últimos años. Quizás en algún período hubo algunos intentos de nuestra parte de buscar una cosa así como Sandino, como iniciativa nuestra... Incluso después de las elecciones de febrero se habló algo de eso. En el fondo, no ha habido comprensión de las necesidades, nadie ha persistido en esto; nadie ha presentado una iniciativa concreta. Yo sí creo que hay un problema de chovinismo en general. Yo no acepto, por ejemplo, que nosotros responsabilicemos a los sandinistas; que ellos o los guatemaltecos nos responsabilicen a nosotros así como así; en definitiva, no acepto que haya un chivo expiatorio. Lo concreto, de parte del FMLN, es que en los últimos años no se ha planteado una estrategia centroamericana o, en particular, con las organizaciones de ningún país. Sencillamente, veo que hay un vacío, una falta de visión de la importancia de este tipo de cosas.

**Valentín:** Puede ser que sea una debilidad ideológica y política del movimiento revolucionario centroamericano. Yo no excluiría a nadie. Yo siento que en los sandinistas su problema es el pragmatismo político; en el FMLN, una falta de iniciativa y desinterés. Nadie lo ha declarado, pero es así. Ahora, lo importante es tomar nuestra responsabilidad y que la Comandancia General mantenga una coordinación no formal, sino real. Eso es objetivo. Yo creo que en esta coyuntura al FMLN le cabe mayor responsabilidad<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Testimonios de los Comandantes del FMLN Salvador y Valentín en Harnecker (1991: 153).

Ambos testimonios apenas pueden disimular el malestar del FMLN con la actuación del Gobierno Nicaragüense a partir de agosto de 1987. Y es que los acuerdos de Esquipulas II dieron lugar a una dinámica que afectó de forma desigual al gobierno sandinista y al FMLN introduciendo fisuras en la relación entre ambos. Esta dinámica fue el reconocimiento de los movimientos armados y de los gobiernos de la región como interlocutores legítimos. En el caso de Nicaragua, el FSLN a cambio de homologarse al resto de gobiernos de la región tuvo que reconocer a la Resistencia Nicaragüense, movimiento armado contrarrevolucionario. Este cambio en el discurso y en la praxis sandinista hizo que el FMLN se viera tratado en pie de igualdad con los que hasta ese momento eran considerados como “contras”: el hecho de utilizar las armas equiparó a dos fuerzas en las antípodas ideológicas y con proyectos políticos opuestos. Dado el protagonismo militar que adquirió el FMLN frente a la derrota estratégica de los contras, el balance en la mesa no se correspondía con lo que ocurría en el terreno militar. Y en sentido contrario, el gobierno salvadoreño considerado ilegítimo por parte del FMLN pasó a ser tratado por el FSLN como un gobierno con el que sería normal dar legitimidad a las relaciones diplomáticas.

Dentro del imaginario y el discurso de la izquierda centroamericana, Esquipulas II fue un acuerdo que obligó a revisar los parámetros con los que hasta entonces se había analizado la realidad del Istmo. Las contradicciones entre los intereses del gobierno sandinista y el discurso ideológico del Internacionalismo fueron paulatina pero inexorablemente cobrando protagonismo. Desde el FMLN se fue abriendo camino la percepción de que el FSLN había cambiado su estrategia. Se había pasado de considerar que el triunfo del FMLN era vital para la supervivencia de la Revolución Sandinista a plantear un giro de 180 grados: el proyecto revolucionario sandinista si quería sobrevivir dependía de que en El Salvador se produjera una salida negociada a la guerra y no un triunfo del FMLN:

Nicaragua necesitaba la paz para quitarse a la contra de encima. Para Cuba, consolidar Nicaragua era fundamental. Y para eso había que hacer la paz negociada en El Salvador (Entrevista a Ricardo Sol Arriaga).

Las declaraciones que el Ministro de Defensa y miembro de la Dirección Nacional del FSLN, Humberto Ortega formuló en 1990 expresan de manera nítida este giro:

En relación a las acciones violentas que afectan a la población civil, hemos apoyado -desde la suscripción de los acuerdos de Esquipulas y luego en Tela- una posición frente a los movimientos insurgentes o irregulares. Nos gusten o no los gobiernos que hay en la región, no es legítimo que ningún gobierno

apoye a esas fuerzas contra otro gobierno. No podemos apelar a que se termine la guerra aquí en Nicaragua, a que no se use la violencia por grupos irregulares, que no se ataquen objetivos económicos y, al mismo tiempo, decir que eso es válido contra otro gobierno... Si los guerrilleros consideran que ésa es una forma de lucha justa, como gobierno no podemos avalarla... Una vez que nos constituimos en gobierno, las causas justas se apoyan a través de determinadas normas internacionales (Ortega 1990: 22).

Pero esas mismas contradicciones estaban presentes en buena parte de la izquierda centroamericana como de la izquierda mundial. Cada vez cobraba más importancia un discurso que condenaba la guerra de los contras y exigía al Gobierno de Estados Unidos detener su intervención en Nicaragua, frente a otro que expresaba la solidaridad con la lucha del pueblo salvadoreño, condenaba al gobierno de ese país y, a diferencia del caso de Nicaragua, exigía a Estados Unidos cesar el apoyo al ejército de El Salvador. El llamado a la paz y a una solución negociada de la crisis centroamericana pendía del delgado hilo de la real politik.

El ejemplo más patente de esa nueva realidad fue cuando en diciembre de 1989, en la cumbre de San Isidro Coronado en Costa Rica, el Presidente Ortega suscribió una declaración de apoyo al gobierno de Cristiani pidiendo la desmovilización del FMLN. De nuevo apareció el juego de posiciones de los líderes sandinistas que ponían en evidencia las contradicciones entre los intereses de nacionales de la revolución y los compromisos solidarios con sus hermanos salvadoreños. Había un discurso para las masas y otro para los funcionarios, en especial para la oficialidad del ejército, contradicciones que los mismos hermanos Ortega desde sus respectivos altos cargos en el gobierno no pudieron ocultar. Días antes de esa cumbre las relaciones entre El Salvador y Nicaragua habían entrado en crisis cuando, cuando debido a la caída de una avioneta con un cargamento de armas procedente de Nicaragua y destinado al FMLN, el presidente Cristiani había roto relaciones diplomáticas entre los dos países, poniendo en riesgo todo el proceso de paz centroamericano. En una concentración popular celebrada el 26 de noviembre de 1989 en Somotillo, Daniel Ortega se expresaba de esta manera:

Debemos sentirnos orgullosos y honrados de que ese gobierno de El Salvador, un gobierno de asesinos, de criminales, de delincuentes internacionales, rompa relaciones con Nicaragua. Esto significa que sabe perfectamente de qué lado estamos y es hora de que digamos claramente que estamos del lado del pueblo salvadoreño, del lado de sus trabajadores, de sus sacerdotes, del lado de la justicia, la democracia y la paz (Revista Envío, 1989a).

Meses después, Humberto Ortega quien todavía luego de la derrota electoral seguía al mando del ejército, continuaba negando la existencia de la

ayuda, pese a las manifiestas muestras de su existencia; en una alocución ante más de 2000 oficiales del Ejército Popular Sandinista trató de explicar cuáles eran los principios que habían presidido la relación entre el FSLN y el FMLN a partir de agosto de 1987:

En 1989 todavía persistía la tensión entre Nicaragua y los Estados Unidos por las acusaciones que hacía el gobierno salvadoreño de la supuesta ayuda del gobierno de Nicaragua a la guerrilla salvadoreña. Este problema también estaba contemplado y tenía que dársele una solución, porque Nicaragua no podía seguir cargando con esa imputación, ya que para ese momento -es bueno que ustedes lo sepan- el gobierno de Nicaragua tuvo una posición muy clara en la cumbre de San Isidro de Coronado, al afirmar categóricamente que no daba apoyo alguno a la guerrilla salvadoreña y que se sumaba al resto de las naciones centroamericanas en una postura común frente al FMLN [...] Esto es esencial para entender que aquí no estamos discutiendo si Cuba es más o menos revolucionaria que Nicaragua, o si los nicaragüenses son más revolucionarios que los cubanos, sino que las actuales circunstancias mundiales obligan a actuar con responsabilidad y cuidadosamente, y que cada país, Nicaragua en nuestro caso, debe tomar en cuenta esos compromisos para poder diseñar su estrategia, su camino, y no estar pensando -por idealismo o por romanticismo- en cosas que no puede hacer, sino que actuar de acuerdo a las realidades para poder transitar satisfactoriamente el difícil camino de la revolución (Ortega 1990 b: 40-41)

Esas obvias contradicciones no solo entre la dirigencia nicaragüense, sino entre la realidad y el discurso, provocó la reacción del FMLN y el rechazo a lo firmado por el Presidente Ortega que fue dado a conocer entonces de manera inmediata en un comunicado, en el cual señalaban:

Rechazamos con indignación la declaración de los Presidentes porque, contrario a la dinámica de toda la comunidad internacional y el clamor de las fuerzas democráticas y sociales e Iglesias del país, de los derechos humanos de la región: un gobierno que ha asesinado y perseguido a religiosos y bombardeado a la población civil. Este respaldo lo que hace es envalentonar a los que han desatado esa violencia irracional y permitir que la matanza se haga más grande en El Salvador (sic) (Revista Envío 1989b).

Mientras que la posición sobre el papel del Gobierno de Nicaragua en dicha reunión se recogió en la entrevista que concedió el comandante salvadoreño Jesús Rojas, miembro de la Comisión Político-diplomática de la insurgencia:

A muchos sorprendió la posición del gobierno de Nicaragua en la cumbre centroamericana de San Isidro, en Costa Rica. ¿Significa un debilitamiento en la solidaridad del FSLN con el FMLN?

Nosotros estamos claros que en estas cumbres participan 4 presidentes además del de Nicaragua y que lo que dice un solo presidente no es lo que después

se firma. También sabemos que hay presiones que hay que tener en cuenta a la hora de los resultados. El FMLN rechaza el contenido de esos acuerdos porque valoramos que no contribuyen a fortalecer el proceso de negociación, que todavía no está abierto. Ese documento no contribuye a abrir los espacios necesarios para el mismo. Y esto, porque parte de los acuerdos legitiman y consolidan las posiciones más duras del régimen fascista salvadoreño.

Pero hay en el texto otros elementos con los que sí estamos de acuerdo. Apoyamos el nombramiento del secretario general de la ONU como mediador en el proceso de negociación. En el documento hay una parte que es retórica política y que no es positiva para nuestro pueblo, pero en ella no se define nada concreto. El aspecto concreto, sustantivo y de fondo, el que se refiere a la solución negociada y a la mediación de la ONU, no lo vemos negativo.

La retórica política, las frases y las expresiones favorables al gobierno no tienen el aval de la comunidad internacional y esto quedó claramente demostrado con la resolución de la ONU, que es posterior a la reunión y en la que se hace referencia a los acuerdos de Costa Rica, pero únicamente para tomar nota de que los presidentes se reunieron y nada más. Por otra parte, el FMLN ha dicho ante todas estas cumbres que nosotros no estamos subordinados a ninguno de los gobiernos que firman y que respecto del gobierno con el que tenemos que ver directamente, el gobierno salvadoreño, estamos precisamente en guerra contra él.

No nos sentimos, pues, obligados al cumplimiento de estos acuerdos. Ni los elaboramos nosotros ni fuimos consultados para su elaboración y por eso no nos sentimos legalmente obligado por ellos. Creemos también que como parte interesada tenemos derecho a pronunciarnos y a opinar, como lo hacen otras fuerzas después de cada cumbre, que dicen lo que les parece y lo que no les parece del texto. Lo que nos parece que queda más claramente definido en esta cumbre es la necesidad de un proceso de negociación. Ahora, los obligan a sentarse a la mesa y les ponen al mediador. Creemos que esto lo tuvo muy en cuenta la delegación presidida por Daniel Ortega a la hora de firmar acuerdos en los que también estaban en juego intereses del pueblo de Nicaragua, que son los que fundamentalmente él está obligado a defender (Rojas 1990: 53)

Los espacios de acción de los que disponía el FMLN se fueron cerrando en Nicaragua, incluso al punto de tener que reubicar operaciones, trasladarse a otros países e, incluso, adoptar la semiclandestinidad. Pero por otro lado, pese a que el apoyo logístico de los sandinistas era vital en el plano operativo, ya en ese momento en el ámbito diplomático la insurgencia salvadoreña ya no dependía de la mediación de Managua sino de sus propias alianzas regionales e internacionales:

Después de la cumbre de San Isidro Coronado el FMLN en Managua tiene que empezar a funcionar con menos libertad y más restricciones. Hubo cambios de

casa de los dirigentes del FMLN. La radio Farabundo Martí tiene que hacerse menos visible. Esto molestó mucho a los salvadoreños y provocó tensiones fuertes. Una parte de la dirigencia salvadoreña se va para Costa Rica (Entrevista a Ana Quirós).

Era claro en Washington que los representantes del FMLN ya se movían entonces con más autonomía frente al Gobierno de Nicaragua, no dependían del lobby (de los sandinistas) y habían logrado también el reconocimiento de muchas organizaciones en Estados Unidos (Entrevista a William Robinson).

Contrario a la percepción que tenía la dirigencia del FMLN del gobierno sandinista, en el gobierno cubano reconocían una posición más prudente. Kruijt (2009:133) recoge el testimonio de Francisco Jovel, según el cual Fidel le expresó a la comandancia del FMLN sus reservas sobre las posibilidades insurreccionales de la ofensiva de 1989 pero nunca intentó persuadirlos de no llevarla adelante:

Siempre con la actitud de que...ustedes son los que más conocen. Ustedes son quienes toman sus decisiones...

Ni el gobierno cubano ni Fidel Castro eran testigos ajenos o meros espectadores de las negociaciones de Esquipulas II ni de los acontecimientos en territorio centroamericano.

En la romantización de la revolución sandinista, la simbología jugó siempre un importante papel no solo en la producción de las imágenes, propaganda y consignas sino en la producción de otras realidades. A mediados de la década de los ochenta, se había comenzado a proclamar cada vez menos aquella consigna revolucionaria que ligaba a ambos procesos revolucionarios como parte del determinismo histórico. El romance revolucionario comenzaba a desvanecerse conforme la guerra de los contras apoyada por Estados Unidos presionaba los márgenes de acción del gobierno nicaragüense. “Luchamos para vencer: No pasarán” se volvió una de las consignas con las cuales la dirigencia sandinista intentaba levantar la moral de lucha de su militancia. Lo mismo que cuando posteriormente el FSLN en 1989 convirtió el llamado a votar por la paz en lema de su campaña electoral, la pirotecnia retórica ponía de manifiesto el viraje de la solidaridad entre los mitos y las manipulaciones.

Las elecciones de febrero de 1990 acabaron con el experimento revolucionario sandinista. La salida del gobierno del FSLN significó para el FMLN la pérdida de una retaguardia estratégica, así como una profundización en la dinámica de aislamiento que la “real politik” había inaugurado tres años atrás. La pérdida del gobierno aunque hubiera podido volver a fortalecer el Internacionalismo del FSLN libre ya de responsabilidades gubernamentales y de este modo reforzar los lazos con el FMLN, lo cierto es que, por el

contrario, aceleró el enfriamiento entre ambas organizaciones. Es posible que uno de los acontecimientos que llegó a afectar todavía más esas relaciones fue el descubrimiento de un buzón de armas del FMLN en El Salvador, en mayo de 1993, más de un año después de la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec. Ese suceso creó una serie de fricciones internas entre las fuerzas de la exguerrilla, así como entre éstas, el FSLN y el ejército de Nicaragua, todavía dirigido en este entonces por Humberto Ortega.

El FSLN comenzó en ese momento una larga travesía por el desierto que le llevó a estar durante 17 años en la oposición. Durante este tiempo la dinámica política doméstica acaparó la mayor parte de las energías del sandinismo. Por su parte, el FMLN a partir de la ofensiva de 1989 tuvo claro que no se iba a producir un triunfo revolucionario y que la salida a la guerra sería el acuerdo. Los Acuerdos de Chapultepec firmados en 1992 pasaron a ser el proyecto político del FMLN y, por tanto, la dinámica nacional pasó a ser la dominante en su accionar político.

## Reflexiones finales

Las relaciones entre las guerrillas centroamericanas llegaron a poner de manifiesto la transición entre diversos planos, como recortes entremezclados de realidades confusas, distintas y distantes. Esos diversos planos se sintetizan en la diada entre las metáforas y la realidad. El auge insurgente desató un idealismo revolucionario que llevó a imaginar a sus protagonistas de que era posible tocar con las manos el cielo socialista en Centroamérica. Las narrativas en torno a las cuales se articuló el accionar de los distintos frentes, FSLN, FMLN, URNG, tenían en común los brotes de la ideología y del proyecto revolucionario, pero debían de experimentar la prueba de su confrontación con las particularidades históricas de cada país y de la región para asegurar su potencial transformador. La reflexión sobre la revolución, aparte de su superficialidad o poca sistematicidad, estuvo subordinada a los pragmatismos y nunca figuró como aspecto medular de una estrategia centroamericana, a veces ni siquiera nacional. Las condiciones revolucionarias, como lo dice la teoría, no se crean en una coyuntura, sino que responden a las condiciones propias de una configuración histórica y de fuerzas sociales donde esas condiciones y fuerzas van cambiando. Fue por eso por lo que las narrativas tanto como las consignas del relato revolucionario exhibieron su fragilidad frente a los acontecimientos mismos. La ideología revolucionaria fue pasando progresivamente a un segundo plano conforme la ideología nacionalista, el realismo político y la geopolítica fueron dejando en evidencia las posibilidades tanto como las limitaciones de ir más allá de las fronteras nacionales.

Otro juego de los planos que entraron en acción fueron el del internacionalismo revolucionario y el del regionalismo geopolítico. El internacionalismo propició, después de 1979, el apoyo de la revolución sandinista a las luchas en El Salvador y Guatemala y movilizó otras energías en la región; pero además de ello, articuló un dispositivo más amplio de solidaridad, colaboración material y participación internacional en la región en torno a los tres procesos revolucionarios. Nicaragua primero y luego El Salvador y Guatemala, se colocaron en el centro de la movilización de la solidaridad y del antiimperialismo como antes lo estuvieron los movimientos de liberación nacional en otras partes del tercer mundo o la lucha del pueblo vietnamita. Mientras que el regionalismo geopolítico se expresó en el despliegue de la estrategia contrainsurgente de los Estados Unidos, de reversión del avance guerrillero en El Salvador, la asfixia de la revolución sandinista y la neutralización de la insurgencia guatemalteca. Esa contradicción introdujo un marco de confrontaciones que arrastró a toda la región, tuvo costos muy elevados en vidas y pérdidas materiales, y condicionó las posibilidades del internacionalismo centroamericano. La revolución sandinista fue obligada a concentrar sus energías en la defensa armada en su espacio nacional y el FMLN no pudo alcanzar el poder por la vía insurreccional. La insurgencia guatemalteca fue tempranamente diezmada. El escepticismo sobre las posibilidades insurreccionales en El Salvador fue tan válido en 1981 como en 1989. La paradoja es que, si las posibilidades de una revolución estaban limitadas a concentrarse en la geografía nacional, su suerte, aunque fuera en esa territorialidad, no dependía únicamente de las condiciones locales. La geopolítica transformaba en pesadilla el sueño revolucionario.

Pero si es válido poner en perspectiva el idealismo revolucionario, también vale cuestionar la narrativa conservadora, tanto de las oligarquías locales como de la derecha norteamericana, que predecían la caída de Centroamérica en las garras del comunismo. Las metáforas encubridoras, de las cuales estuvo plagada la retórica de la Administración Reagan y Bush, oscurecieron el trasfondo histórico de la crisis centroamericana provocada no tanto por la confrontación este oeste sino por la confrontación norte sur. La derrota de las oligarquías y de sus ejércitos no conducía, como efectivamente quedó demostrado, de manera automática a la instauración del socialismo.

La consigna *Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá y Guatemala seguirá*, recogía el sueño revolucionario, una ilusión que no se redujo a una mera fantasía pues produjo importantes movilizaciones políticas y cambios. La metáfora insurreccional estaba alimentada por las ideologías revolucionarias que bordeaban los linderos de las ideologías nacionalistas y que también las infiltraban, además por los intereses de fuerzas y clases, o interactuaban con las visiones sectoriales o intereses sectarios de fracciones distintas de las mismas

organizaciones enfrentadas entre sí; es decir con coyunturas cambiantes y con la historia misma de sociedades que, entonces como ahora, siguen fragmentadas en formaciones nacionales sin un destino propio ni un proyecto de región común y autónomo.

## Bibliografía

- Cienfuegos F. (1986) “Historia del FMLN”, texto de la charla dada por Fermán Cienfuegos en la clausura del curso para oficiales del FMLN en la Escuela Nacional de Cuadros “José Dimas Alas”, 24 de diciembre de 1986, Chalatenango - El Salvador. (Disponible en <https://cedema.org/>)
- Cortina E. (2016) , « Redes militantes y solidaridad con El Salvador. Una aproximación desde la comunicación insurgente », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Colloques, puesto en línea el 10 octubre 2016, consultado el 29 mayo 2022. URL : <http://journals.openedition.org/nuevomundo/69645> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.69645>
- Harnecker M. (1991) *Con la mirada en Alto*, Editorial Gakoa, San Sebastián.
- International Court of Justice (1986) “*Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua vs. United States of America)*”, International Legal Materials, vol. XXV, nº 5, septiembre.
- Kruijt D. (2009) *Guerrilla: Guerra y Paz en Centroamérica*. F&G Editores, Guatemala.
- Morales, J. A. (1994) *El suicidio de Marcial, ¿Un asunto concluido?* Revista Estudios Centroamericanos ECA, junio, pp. 653-689.
- Ortega H. (1990 a) “Avanzar hacia la paz”, entrevista de Carlos Fernando Chamorro, Barricada Internacional, nº 308, 20 enero, Managua.
- Ortega H. (1990 b) “No vamos a prestarnos a extremismos, ni de izquierda, ni de derecha”, exposición ante una asamblea de dos mil oficiales, Managua, 19 junio 1990, recogida en Ortega H. (1992) *Nicaragua: Revolución y democracia*, Organización Editorial Mexicana, México D.F.
- Pozas Santiago (2000) *Nicaragua (1979-1990). Actor singular de las Relaciones Internacionales en el final de la Guerra Fría*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Leioa.
- Ramírez, S. (1999) *Adiós Muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*. Editora Aguilar, México.
- Revista Envío (1989a) *Nicaragua. FSLN y FMLN - elecciones: único camino de paz*. <https://www.envio.org.ni/articulo/613>
- Revista Envío (1989b) *Centroamérica: Declaración de presidentes centroamericanos en San Isidro de Coronado*. No. 101, Enero 1990. <https://www.envio.org.ni/articulo/619>
- Rojas J. (1990) entrevista en *Envío*, nº 101, enero, Instituto Histórico Centroamericano, Managua.

## **Entrevistas realizadas por los autores**

Entrevista a Ricardo Sol Arriaga realizada en el mes de abril de 2022.

Entrevista a Ana Quirós realizada en el mes de abril de 2022.

Entrevista a Sergio Erick Ardón realizada en el mes de mayo de 2022.

Entrevista a José Antonio Morales realizada en el mes de mayo de 2022.

Entrevista a William Robinson realizada en el mes de mayo de 2022.

Entrevista a Francisco Cordero Gené realizada en mayo y junio de 2022.

